

CAPITULO IV.

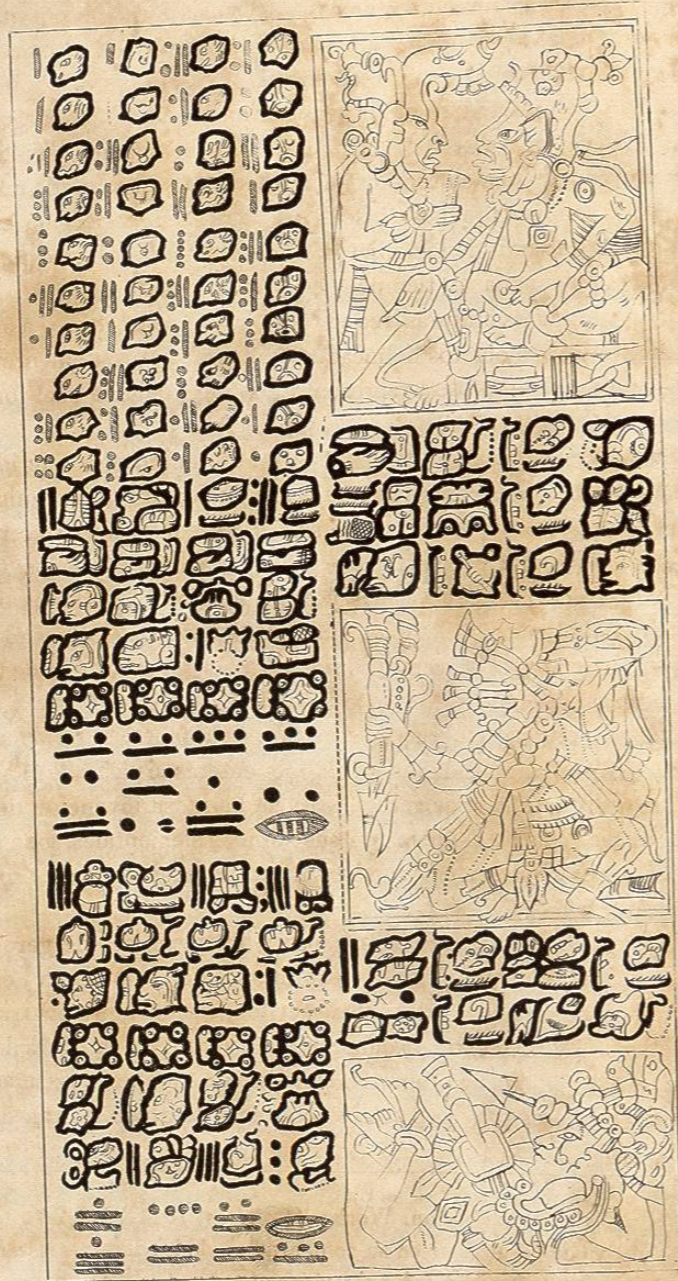
GEROGLÍFICOS MEJICANOS.—MANUSCRITOS.—ARITMÉTICA.—CRONOLOGÍA.—
—ASTRONOMÍA.

Es un consuelo pasar del melancólico cuadro trazado en las páginas del capítulo anterior, á otro extremo mas bello de la pintura, y contemplar á la misma nacion en su generoso empeño para salir del estado de barbarie, y tomar un grado positivo en la línea de la civilizacion. No es menos interesante considerar que ese esfuerzo se hacia en un teatro de accion enteramente nuevo, separado de las influencias que obran en el Antiguo Mundo, cuyos habitantes, formando una gran familia de naciones, están ligados con estrechas simpatías, lo que ocasiona que la mas ligera chispa de instruccion, encendida en una parte, se comunique gradualmente á las otras, hasta difundir una clara luz sobre las mas distantes. Es curioso observar al entendimiento humano en esta nueva posicion, conformándose á las mismas leyes que el antiguo continente, y tomando una direccion tan semejante en sus primeras investigaciones sobre la verdad, que si no autoriza la idea de la imitacion, por lo menos sugiere la de un origen comun.

En el hemisferio del oriente encontramos algunas naciones, como por ejemplo la de los griegos, tan inclinadas á lo bello, que involuntariamente lo mezclan, aun en las mas graves producciones de la ciencia, y al mismo tiempo otras, proponiéndose un objeto mas serio y exacto, al cual sacrifican la imaginacion y el arte. Las producciones de tal pueblo deben ser criticadas, no por las reglas ordinarias del gusto, sino por el modo de adaptarlas al fin peculiar que se propusieron. Tales fueron los egipcios en el Antiguo Mundo (1) y los mejicanos en el nuevo. Hemos tenido ya ocasion de notar la semejanza de ambos pueblos en su economía religiosa: mas nos sorprenderemos con la de sus conocimientos científicos, especialmente en la escritura geroglífica y en la astronomía.

Describir acciones y acontecimientos, valiéndose de objetos visibles, parece ser una sugestion natural, y se practica bajo cierta forma por los mas rudos salvajes. El indio norte-americano esculpe una flecha en la corteza de los árboles para mostrar á sus compañeros la direccion de su marcha, y alguna otra señal

(1) „Un templo egipcio,” dice Denon, con asombro, „es un libro abierto en el cual están recopiladas las lecciones de la ciencia, de la moralidad y de las artes. Todo parece hablar el mismo idioma y respirar el mismo espíritu.” Este pasage está citado por Heeren, Hist. Res., vol. V, p. 178.



Manuscrito Azteca.

para indicar el buen suceso de sus expediciones. Pero pintar de una manera inteligible la serie consecutiva de estas acciones formando lo que Warburton llamó felizmente *escrito-pintura* (2), requiere una combinacion de ideas que equivale á un verdadero esfuerzo intelectual. Si el objeto del pintor, en lugar de limitarse á lo presente, es el de penetrar en lo pasado, y recoger de sus oscuros misterios lecciones de instruccion para las generaciones venideras, vemos entonces el origen de una cultura literaria, y hallamos pruebas de una decidida civilizacion en esa misma tentativa, sea cual fuere la imperfeccion con que se ejecute. La imitacion servil de los objetos, no corresponderia á este plan, mas complicado y extenso: ocuparia un tiempo y espacio demasiado largos. Se hace, pues, necesario acortar las pinturas, reducir el dibujo á contornos, ó á aquellas partes prominentes de los objetos delineados que puedan prontamente representar el todo. Esta es la escritura representativa ó figurada, la cual forma el ínfimo grado de la geroglífica.

Pero hay cosas que no tienen tipo en el mundo material: ideas abstractas que solo pueden representarse por objetos visibles que tengan alguna cualidad análoga á la idea que quiere expresarse. Esto constituye la escritura simbólica, la mas difícil de interpretar, puesto que, la analogía entre los objetos materiales y los que no lo son, es muchas veces puramente imaginaria ó local en su aplicacion. ¿Quién, por ejemplo, pudiera concebir la propiedad de un escarabajo para representar al universo como entre los egipcios, ó la de una serpiente para simbolizar el tiempo como entre los aztecas?

La tercera y última clase de escritura es la fonética, en la que se usa de signos para representar los sonidos y palabras enteras ó parte de ellas. Es hasta donde puede acercarse la serie geroglífica á la hermosa invencion del alfabeto, con la cual queda resuelto el idioma en sus sonidos elementales, y se adquiere el medio de expresar fácilmente y con exactitud las mas delicadas sombras del pensamiento.

Los egipcios eran muy instruidos en las tres clases de geroglíficos; pero aunque sus monumentos públicos ostentan los de la primera, es ya cierto que en su trato ordinario y en sus anales escritos, casi siempre ocurrían á los caracteres fonéticos. Es muy extraño que habiendo removido la ligera division que los separaba del alfabeto, no presenten sus últimos monumentos mas proximidad á él que los primeros (3). Los aztecas conocían tambien la gran diversidad de gero-

(2) Divine Legation, ap. Works, (Londres, 1811,) vol. IV, b. 4, sec. 4.

El obispo de Gloucester en su comparacion de los diversos sistemas geroglíficos del mundo, muestra su sagacidad y atrevimiento característico anunciando opiniones que merecian poco crédito entonces, aunque despues han sido recibidas. Afirma la existencia de un alfabeto egipcio; pero no estaba advertido del gran descubrimiento literario de nuestro siglo, la propiedad fonética de los geroglíficos.

(3) Es visto que los geroglíficos de los mas recientes monumentos de Egipto, no contienen mayor profusion de caracteres fonéticos que los que existieron diez y ocho siglos antes de Cristo, sin mostrar adelanto alguno bajo este aspecto en ciento vein-

glíficos; pero confiaban en los figurativos infinitamente mas que en los otros. Los egipcios tocaron el último escalon; los aztecas no pasaron del primero.

Al examinar los manuscritos mejicanos, ó mapas segun se les llama, sorprenden las groseras caricaturas que presentan de la figura humana. Monstruosas y desmesuradas cabezas sobre pequeños y deformes cuerpos, de difíciles y angulares contornos, y sin la menor habilidad en su composicion, son los objetos que ofrecen á la vista. Sin embargo, examinándolos con detencion, luego se advierte, no tanto una ruda tentativa para dibujar la naturaleza, cuanto un símbolo convencional para expresar las ideas de la manera mas clara y enérgica; del mismo modo que las piezas de igual valor de un ajedrez, al paso que corresponden las unas á las otras en su forma, tienen por lo comun poca semejanza con los objetos que representan. Las partes principales de las figuras están dibujadas mas distintamente; y el colorido en lugar de los delicados matices de la naturaleza, solo presenta aquellos ostentosos y violentos contrastes que puedan producir la mas viva impresion; „pues aun los colores,” como observa Gama, „hablan en los geroglíficos aztecas.” (4)

Pero en la ejecucion de estas obras fueron los mejicanos muy inferiores á los egipcios. Los dibujos de estos eran excesivamente defectuosos examinándolos segun las reglas del arte: estaban tan ignorantes de la perspectiva como los chinos, y solamente presentaban la cabeza en perfil y el ojo en el centro con total falta de expresion; pero manejaban el pincel con mas gracia que los aztecas, eran mas verdaderos en las formas naturales de los objetos, y sobre todo, mostraban mucha superioridad en abreviar las figuras originales dando solo el contorno ó algun rasgo característico ó esencial. Esto simplificaba el trabajo, y facilitaba la expresion del pensamiento: un texto egipcio casi tiene la apariencia de una escritura alfabética en sus líneas regulares de pequeñas figuras: el mejicano comunmente parece una coleccion de pinturas, cada una de las cuales puede ser el objeto de un estudio separado. Esto es precisamente lo que sucede con los dibujos mitológicos, en los que se refieren los pasages por medio de una aglomeracion de símbolos, que pueden mas bien recordar los misteriosos anaglifos esculpidos en los templos de los egipcios, que sus anales escritos.

Los aztecas se valian de varios emblemas para expresar aquellas cosas que por su naturaleza no podia representar el pintor; como por ejemplo, los años, meses y dias, las estaciones, los elementos, los cielos y otras cosas semejantes. Una „lengua” denotaba el habla: la „huella del pié,” un viaje: un „hom-

te y dos años (Véase á Champollion, Précis du Système Hiéroglyphique des Anciens Égyptiens, (Paris, 1824,) pp. 242 y 281). Puede parecer muy extraño que el alfabeto regional mucho mas cómodo, no se hubiera sustituido; pero los egipcios se habian familiarizado desde su infancia con los geroglíficos, que ademas se acomodaban al gusto de los ignorantes, probablemente de la misma manera que el de nuestros niños se satisface, al mismo tiempo que aprenden con los alfabetos pintados en una cistilla comun.

(4) Descripción histórica y cronológica de las dos piedras, (México, 1832,) part. 2, p. 39.

bre sentado en el suelo,” un terremoto. Estos símbolos eran muchas veces arbitrarios, variando con el capricho del escritor; y se requería un buen discernimiento para interpretarlos, pues el mas ligero cambio en la forma ó posicion de la figura, importaba muy diferente significado (5). Cierta ingenioso escritor asienta que los sacerdotes inventaron secretos caracteres simbólicos, para los anales de sus misterios religiosos. Es muy posible que así fuera; pero de las investigaciones de Champollion, se deduce que esa opinion, tenida antiguamente respecto de los geroglíficos egipcios, carece de fundamento (6).

Ultimamente, empleaban, como se ha dicho arriba, signos fonéticos, aunque estos estaban principalmente consignados á los nombres de personas y lugares, los cuales, derivándose de alguna circunstancia característica, eran muy á propósito para el sistema geroglífico. Así, la ciudad *Cimatlan*, se componia de *ci-matl*, una raiz que crece cerca de aquel lugar; y *tlan*, que significa „cerca:” *Tlaxcallan*, quiere decir „lugar de pan,” á causa de sus ricos sembrados de maiz; *Hue-xotzinco*, „un lugar rodeado de sauces.” Los nombres de personas eran muchas veces significativos de sus aventuras y proezas. El del gran príncipe tezcucano *Nezahualcoyotl*, significaba „zorra hambrienta,” indicando su sagacidad, y las desgracias que habia experimentado en los primeros años de su vida (7). Luego que los mejicanos veian los emblemas de tales nombres, conocian la persona y lugar que querian expresar; y cuando estaban pintados en sus adargas ó bordados en sus pendones, venian á ser el escudo de armas que llevaban las ciudades y gefes para distinguirse, como se hacia en Europa en los siglos de la caballería (8).

Pero aunque los aztecas estaban instruidos en todas las diversas clases de la

(5) Ibid, pp. 32 y 44.—Acosta, lib. 6, cap. 7.

La continuacion de la obra de Gama, publicada recientemente por Bustamante, contiene entre otras cosas algunas observaciones interesantes sobre los geroglíficos aztecas. El editor ha prestado un buen servicio con esta publicacion ulterior de los escritos de aquel apreciable literato que ha trabajado mas que otro alguno de sus compatriotas en explicar los misterios de la ciencia azteca.

(6) Gama, Descripción, part. 2, p. 32.

Warburton, con su acostumbrada penetracion desecha la idea del misterio en los geroglíficos figurados. (Divine Legation, b. 4, sec. 4.) Si habia alguno reservado para los iniciados, Champollion piensa que podia haber sido el de los anaglifos. (Précis, p. 360.) ¿Por qué no puede decirse lo mismo de las monstruosas combinaciones simbólicas que representan á las deidades mejicanas?

(7) Boturini, Idea, pp. 77-83.—Gama, Descripción, part. 2, pp. 34-43.

Heeren no sabe ó no concede que los mejicanos usaran caracteres fonéticos de ninguna clase. (Hist., Res., vol. V, p. 45.) Ellos en verdad trastornaron el orden comun de las cosas, y lejos de adaptar el geroglífico al nombre del objeto, antes por el contrario, acomodaron el nombre de este al geroglífico; lo que por supuesto no podia admitir una grande extension. Hállanse sin embargo, caracteres fonéticos, aplicados en algunos casos, tanto á nombres comunes, como á propios.

(8) Boturini, Idea, ubi supra.

pintura geroglífica, principalmente recurrían al torpe método de la representación directa. Si su imperio hubiera subsistido algunos miles de años, como el de los egipcios, en lugar del breve espacio de doscientos, habrían adoptado como estos, el uso frecuente de la escritura fonética; pero antes de que pudieran conocer la capacidad de su sistema, la conquista española, introduciendo el alfabeto europeo, proporcionó á sus hombres de letras una invención mas perfecta para expresar sus pensamientos, que pronto substituyó á los antiguos caracteres (9).

Sin embargo, tosca como era la *escrito-pintura* de los aztecas, parece haber sido adecuada á las exigencias de la nación en su estado imperfecto de cultura. Por su medio se recopilaban todas las leyes y aun los reglamentos sobre la economía doméstica: la usaban en sus mapas de tributos que especificaban los impuestos de las varias ciudades, en su mitología, en sus calendarios y rituales; y en sus anales políticos, retrocediendo hasta un largo periodo antes de la fundación de la ciudad. Ordenaron un sistema completo de cronología, y podían señalar con exactitud las fechas de los mas importantes acontecimientos de su historia, inscribiéndose el año en el márgen opuesto á la circunstancia particular que se refería. Es cierto que la historia escrita de esta manera, necesariamente debía ser vaga é incompleta. Muy pocos incidentes principales podían representarse; pero en esto no difería mucho de las crónicas monásticas de los oscuros siglos, que por lo comun hablan de años enteros en breves sentencias, bastante largas para los anales del hombre salvaje (10).

A fin de apreciar justamente la *escrito-pintura* de los aztecas, debe considerarse su conexión con las tradiciones orales de que era auxiliar. En los colegios de los sacerdotes aprendía la juventud la astronomía, la historia, la mitología &c.; y á los que iban á seguir la profesión de la pintura geroglífica, se les enseñaba la aplicación de los caracteres propios de cada uno de sus ramos.

Al desempeñar las obras históricas, uno se encargaba de la cronología y otro de los acontecimientos, de manera que, cada parte del trabajo estaba así distribuida mecánicamente (11). Los estudiantes instruidos en todos los descubrimientos hechos hasta entonces en sus diversos ramos, quedaban aptos para ex-

(9) Clavijero trae un catálogo de los historiadores mejicanos del siglo diez y seis, de los cuales cita algunos frecuentemente en su historia, lo que da un honroso testimonio del ardor literario é inteligencia de las razas indígenas. Stor. del Messico, tom. 1, pref.—Tambien Gama, Descripción, part. 1, passim.

(10) La observación del barón de Humboldt, de que los anales aztecas desde fines del siglo once, „presentan el mayor método y una admirable minuciosidad” (Vues des cordillères, p. 137), debe admitirse con alguna limitación. Según aquella, difícilmente podrá entender el lector, que raras veces hay mas de uno ó dos hechos anotados en cada año, y algunas ocasiones ninguno, en una docena ó mas. La necesaria irregularidad é incertidumbre de estos anales históricos, se ha hecho manifiesta por las observaciones del intérprete español del código de Mendoza, el cual dice, que los nativos á quienes fué sometido, dilataron mucho en ponerse de acuerdo sobre la significación propia de las pinturas. Antiq. of Mexico, vol. VI, p. 87.

(11) Gama, Descripción, part. 2, p. 30.—Acosta, lib. 6, cap. 7.

tender mas y mas los límites de su imperfecta ciencia. Los geroglíficos servían como de una especie de taquigrafía, proporcionando una colección de notas que indicaba á los iniciados mucho mas de lo que pudiera transmitirse por la interpretación literal. Esta combinación de lo escrito y lo oral, comprendía lo que puede llamarse literatura de los aztecas (12).

Hacían sus manuscritos en diferentes materiales: como telas de algodón, pieles primorosamente preparadas, y una composición de seda y goma; pero la mayor parte en una hermosa manufactura de hojas de aloe (agave americana) llamado por los nativos magney que crece abundantemente en las mesas de las montañas de México. De él se hacía una clase de papel algo semejante al *papyrus* de los egipcios (13), el que, según se dice, cuando estaba bien aderezado y pulimentado, era mas suave y hermoso que el pergamino. Algunas de las nuestras, existentes todavía, conservan su frescura original, y las pinturas ejecutadas en ellas retienen su brillantez de colores. Unas veces estaban estos manuscritos arrollados; pero mas frecuentemente en volúmenes de un tamaño moderado, y el papel se recogía como un biombo, teniendo una hoja ó tableta de madera en cada extremidad, de suerte, que cuando estaban cerrados tenían la apariencia de libros. El largo de las tiras se determinaba solo por la comodidad. Como podían leerse las páginas y hacerse referencia á ellas separadamente, esta forma tenía notorias ventajas sobre los rollos de los antiguos (14).

„Tenían para cada género,” dice Ixtlilxochitl, „sus escritores; unos que trataban de los anales, poniendo por su orden las cosas que acaecían en cada un año, con día, mes y hora: otros tenían á su cargo las genealogías y descendencia de los reyes, señores y personas de linaje, asentando por cuenta y razón los que nacían, y borraban los que morían con la misma cuenta. Unos tenían cuidado de las pinturas, de los términos, límites y mojoneras de las ciudades, provincias, pueblos y lugares, y de las suertes y repartimiento de las tierras, cuyas eran, y á quien pertenecían: otros, de los libros de leyes, ritos y ceremonias que usaban.” Hist. chich., MS., Prólogo.

(12) Según Boturini, los antiguos mejicanos conocían el método peruano de notar los acontecimientos por medio del *quipus*, hilos anudados de varios colores, los cuales fueron despues substituidos por la pintura geroglífica (Idea, p. 86). Con todo, una sola muestra pudo descubrirse, encontrada en Tlascala, que casi estaba hecha pedazos por el tiempo. McCulloh infiere que podía haber sido una correa con conchas, de las que llevaban comunmente los indios norte-americanos. (Researches, p. 201.) La conjetura es bastante probable; pues estos usaban correas de varios colores para el objeto semejante de reducir á anales sus acontecimientos. El hecho aislado que refiere Boturini, no es suficiente, ni está fundado según se en algun otro testimonio para establecer la existencia del *quipus* entre los aztecas que poco tenían de comun con los peruanos.

(13) Plinio, quien da una minuciosa relación de la caña *papyrus* de Egipto, refiere las varias manufacturas que se hacían de él, como cuerdas, tejidos, papel, &c. También servía de techo para las azoteas de las casas, y de alimento y bebida á los nativos. (Hist. nat., lib. 11, cap. 20-22.) Es muy singular que el *agave* americana, planta tan enteramente diversa, se hubiera aplicado tambien á todos aquellos usos.

(14) Lorenzana, Hist. de Nueva-España, p. 8.—Boturini, Idea, p. 96.—Hum-

Al tiempo de la llegada de los españoles, gran número de estos manuscritos se atesoró en el país. Muchas personas se empleaban en la pintura, y la destreza de sus operaciones excitaba la admiración de los conquistadores. Desgraciadamente estaba esta mezclada con otros sentimientos innobles. Los caracteres extraños y desconocidos, inscriptos en aquellos, excitaban sospecha. Eran vistos como escrituras mágicas y á la misma luz que los ídolos y templos, como los símbolos de una superstición pestilente que debía extirparse. El primer arzobispo de Méjico D. Juan de Zumárraga, cuyo nombre será tan inmortal como el de Omar, reunió las pinturas de todos los lugares, especialmente de Tezcuco, la capital más culta del Anáhuac, y el gran depósito de los archivos nacionales; mandó apilarlas haciendo un monte, según lo llaman los mismos escritores españoles, en la plaza del mercado de Tlaltelolco y luego fueron reducidas á cenizas (15). Su más célebre compatriota el arzobispo Jimenez habia celebrado un auto de fe semejante con los manuscritos árabes en Granada unos veinte años antes. Jamás habia conseguido el fanatismo un triunfo más señalado que el de la destrucción de tantos documentos curiosos del ingenio é instrucción humana (16). (a)

La soldadesca ignorante no fué muy tardía en imitar el ejemplo de su prelado. Todo mapa ó volúmen que caía en sus manos era prontamente destruido. Así fué que cuando los literatos de los siglos posteriores y más ilustrados procura-

boldt, Vues des cordillères, p. 52.—Peter Martyr de Anglerius, Orbe novo (Compluti, 1530,) déc. 3, cap. 8; déc. 5, cap. 10.

Martyr ha dado una minuciosa descripción de los mapas de los indios enviados á su país poco después de la invasión de Nueva-España. Su investigador entendimiento se sorprendió con la prueba que ofrecían de una civilización positiva. Rivera, el amigo de Cortés, refiere que las pinturas servían de modelos á los bordadores y joyeros; pero Martyr habia estado en Egipto, y vaciló poco en colocar los dibujos indios en la misma clase que los que habia visto en los obeliscos y templos de aquel país.

(15) Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., Prólogo.—Idem, Sum. relac., MS.

No están de acuerdo los escritores en si la conflagración tuvo lugar en la plaza de Tlaltelolco ó Tezcuco. Comp. Clavijero, Stor. del Messico, tom. II, p. 188, y Pref. de Bustamante á Ixtlilxochitl, Cruautés des Conquérens, trad. de Ternaux, p. XVII.

(16) Me ha tocado la suerte de referir estas dos pruebas de la debilidad humana, tan humillantes al orgullo del entendimiento. Véase the History of Ferdinand and Isabella, part. 2, chap. 6.

(a) El nombre del Sr. Zumárraga, será inmortal por otros títulos bien diversos que por los que aquí le da el Sr. Prescott, pues lo harán tal, el celo ardiente con que defendió á los indios y los muchos bienes que les hizo, así como sus virtudes y trabajos apostólicos. El fanático Omar, según se refiere, dijo al mandar quemar la biblioteca de Alejandria: „Si estos libros dicen lo mismo que el Koran, son inútiles, y si dicen lo contrario, son perjudiciales.” El Sr. Zumárraga, creyó por falta de instrucción, que todos los manuscritos geroglíficos eran relativos á la idolatría de los indios; y la pérdida que la historia sufrió por la destrucción de estos manuscritos que los misioneros hicieron, quedó en gran manera reparada con las obras de los mismos misioneros.

ron con diligencia recobrar algunos de esos recuerdos de civilización, casi todos habian perecido, y los pocos que existían los ocultaban con desconfianza los nativos (17). Sin embargo, merced á los infatigables trabajos de un individuo particular, logró depositarse una colección bastante considerable en los archivos de Méjico; pero se apreció tan poco, que unos documentos fueron robados, otros hechos pedazos por la humedad y el fuego, y no pocos usados como papel inservible (18).

Leense con indignación las crueldades ejecutadas por los primeros conquistadores, pero este sentimiento se convierte en desprecio cuando se les ve extinguiendo bárbaramente las chispas del saber, legado común y propiedad de todo el género humano. Bien puede dudarse si tienen títulos más poderosos á la civilización, los vencedores que los vencidos.

Unos pocos manuscritos mejicanos han, de tiempo en tiempo, abiértose el camino para Europa, y se han conservado cuidadosamente en las librerías públicas de sus capitales. Todos están recopilados en la magnífica obra de Lord Kingsborough, siendo de notar que ninguno se tomase de España. Más importante que los otros, por la luz que refleja sobre las instituciones aztecas, es el código de Mendoza, el cual, después de una misteriosa desaparición de más de un siglo, al fin ha vuelto á encontrarse en la librería Bodleyana en Oxford, y se han sacado de él varios grabados (19). El más brillante en colorido es probablemente

(17) Sahagún, Hist. de Nueva-España, lib. 10, cap. 27.—Bustamante, Mañanas de la alameda (Méjico, 1836), tom. II, Prólogo.

(18) El ilustrado gobernador D. Lorenzo Zavala, vendió, según Bustamante, los documentos del archivo de la audiencia de Méjico, como papel viejo á los boticarios, tenderos y coheteros. La selecta colección de Boturini, no tuvo mejor destino.

(19) La historia de esta famosa colección es conocida por los literatos. Fué enviada al emperador Carlos V, no mucho tiempo después de la conquista por el virey Mendoza, marqués de Mondejar. El buque en que iba, cayó en manos de un corsario francés y el manuscrito fué llevado á Paris. Después lo compró el capellán de la embajada inglesa, y habiendo llegado á poder del anticuario Purchas, sacó de él un grabado *in extenso*, que acompañó al tercer tomo de su „Pilgrimage.” (Peregrinación.) Hecha su publicación, en 1625, el original azteca perdió su importancia y cayó en un olvido tan completo, que cuando por fin se excitó la curiosidad pública con respecto á su paradero, ninguna señal de él pudo descubrirse. Muchas fueron las conjeturas de los literatos, tanto en España como fuera de ella, y el Dr. Robertson decidió la cuestión en cuanto á su existencia en Inglaterra, declarando que no habia más reliquia mejicana en este país, que una copa de oro de Montezuma. (Hist. of America, (Londres, 1796) tom. III, p. 370.) Con todo, este mismo código, y otras varias pinturas mejicanas, se han descubierto después en la librería Bodleyana, cuya circunstancia ha atraído alguna murmuración sobre el historiador, pues mientras examinaba las colecciones de Viena y el Escorial, fué tan ciego con las que estaban á su vista. Este yerro no parecerá tan extraordinario en un colector general de manuscritos, medallas, ú otras raras antigüedades. Después de todo, el código de Mendoza, no es sino una copia toscamente hecha con pluma en papel europeo. Otra de la cual el ar-